

Aristotle's Metaphysics, a reader's guide

HALPER, EDWARD C. (2012).

London, Continuum, 144 pp.



Fanny Zeiguer

Universidad de Buenos Aires

El presente libro es una guía de lectura de la *Metafísica* de Aristóteles, que intenta brindarle al lector, por un lado, una noción preliminar de los temas centrales tratados en el texto y, por otro, algunas claves en relación con la doctrina aristotélica y con su modo argumentativo, de manera de poder continuar con el análisis que esta presentación estimula, pero no abarca exhaustivamente.

La obra está dividida en cuatro partes: la presentación de un breve contexto, un repaso de los temas principales tratados en la *Metafísica*, una lectura detallada de ella y, por último, algunas observaciones en relación con la influencia que tuvo el texto aristotélico en filósofos posteriores. En efecto, Halper confiesa en el prefacio que, aunque las respuestas de Aristóteles no sean hoy adecuadas, por no utilizar el término “verdaderas”, sus preguntas, sobre todo aquellas relativas al ser, o mejor dicho, al “qué es ser”, son centrales para la filosofía y resulta interesante estudiarlas no solo en sí mismas, sino también como ventanas hacia el trabajo de otros filósofos y pensadores.

Dos vertientes de pensamiento se conjugan en el análisis aristotélico de la metafísica: si, y cómo, existe la metafísica y cuál es su objeto. Aristóteles recibe de los presocráticos y de la Academia platónica, en primer lugar, el problema de lo uno y lo múltiple y de si hay un género superior, inmutable e inteligible, al cual se subordinan las entidades sensibles, lo que equivaldría a reconocer una ciencia superior y ciencias específicas subordinadas. Aristóteles argumentará en contra de lo uno y la diada indefinida platónicos, pero no por ello deja de reconocer la importancia del problema planteado: si hay una ciencia primera, que conoce los principios y las causas de todas las cosas, hay entonces una cosa o un género de cosas que predomina frente a los demás. El problema de lo uno y lo múltiple está intrínsecamente unido al problema de la metafísica.

En segundo lugar, el mismo concepto aristotélico de ciencia está en la base de un análisis de la metafísica en Aristóteles ya que él mismo sostiene que la metafísica es una ciencia y, como tal, procede

silogísticamente; parte de la conclusión, “lo primero para nosotros”, en este caso, las entidades sensibles mutables, y llega a “lo primero por naturaleza”, las causas primeras, verdaderas cosas, y no abstracciones, a través de lo cual todo lo demás es conocido. De esta manera, también argumenta contra la doctrina platónica de que no se puede conocer lo sensible.

El capítulo dos presenta una exposición de los temas principales tratados en la *Metafísica*. Luego de advertirle al lector que el orden y la sistematicidad son el resultado de un arduo análisis e investigación de lo que, en un primer lugar, aparece como inconexo, Halper divide el texto en tres grandes secciones, correspondientes a tres grandes tareas que tiene la metafísica. Menciona también tres grupos de aporías y tres doctrinas. Estas últimas vienen a resolver las primeras, presentadas como obstáculos a las tareas de la investigación científica. Además, el autor pretende con esto mostrarle al lector que el modo de proceder resolviendo y desarmando aporías es típicamente aristotélico. De esta manera, y siguiendo con su intención inicial, le acerca al lector una herramienta valiosa a la hora de encarar solo el texto.

Cabe aclarar que es en el tercer capítulo donde Halper realiza una lectura del texto. Allí, sin realizar un análisis línea por línea, el autor logra con agudeza y sencillez repasar los principales conceptos en juego y sus relaciones. Sin embargo, no aporta gran novedad en relación con lo anticipado en el capítulo dos. Creemos que es aquí donde de forma más clara, novedosa y didáctica quedan presentados los temas más importantes. Por este motivo, nos centraremos en este apartado enriqueciéndolo con algunas aclaraciones que nos resulten pertinentes.

La primera tarea de la metafísica (libros A-D) consiste en determinar si existe como ciencia. En efecto, al comienzo del libro cuarto, Aristóteles afirma que “hay una ciencia que estudia lo que es en tanto que es y los atributos que por sí mismos le pertenecen”. Luego de un análisis del principio de no contradicción como condición de conocimiento, el Estagirita afirma que todas las cosas tienen naturaleza y pueden ser conocidas. Así, el objeto de la metafísica tiene

unidad suficiente como para ser analizado por una única ciencia. Aparece aquí un primer significado de la expresión *pròs hén* en relación con la estructura del ser: todas las entidades tienen algo en común en la medida en que cada una tiene una naturaleza. Más aún, si tomamos el significado amplio del término "género" en el sentido de clase de cosas relativas a una única naturaleza, en lugar de clase de cosas cuyas instancias tienen la misma naturaleza esencial, vemos que el género funciona como una clase *pròs hén*, lo que le brinda al objeto de la metafísica la unidad suficiente como para justificar la existencia de una ciencia aparte (libro G).

La segunda tarea de la metafísica (libros E-Q) consiste en determinar qué es esta naturaleza, qué es ser. De los ya famosos cuatro enunciados, descarta el primero, porque no hay conocimiento de los accidentes, y respecto de los otros tres, busca una sustancia primera en cada uno de ellos; concluye que la naturaleza que es primera entre cada una de las formas esenciales de ser es la forma de la sustancia. Y es primera y es causa porque todo lo demás en una sustancia es y es conocido gracias a la forma. Esta forma, además, es en acto. Efectivamente, la forma unifica los elementos materiales (materia próxima) de la sustancia en la medida en que tienen la capacidad de moverse y funcionar juntos, y esta capacidad es la actividad o actualidad que los hace ser lo que son. Pero la forma, que solo existe en relación con una materia, no puede ser la única causa del compuesto ya que el compuesto se genera y perece.

Y así pasamos a la tercera y última tarea de la *Metafísica*, que ocupa el último tercio del libro: encontrar, y caracterizar, el primer principio, la causa primera. Esta búsqueda se hará no por el camino de la unidad de la sustancia, sino por el camino del movimiento. Frente a la imposibilidad de un regreso al infinito, Aristóteles infiere la existencia de un motor, causa de todos los demás movimientos, inmóvil él mismo. Por otro lado, tiempo y movimiento son eternos. Así, hay un primer motor inmóvil que mueve desde siempre. Como es característico de Aristóteles, realiza un análisis de los distintos candidatos a primer principio (por ejemplo, el número y la figura) hasta detenerse en las esferas celestes, que presentan un patrón regular de movimiento circular. Pero estas esferas deben tener una causa que las sostenga en un movimiento eterno, un agente causal que mueve eternamente, un

motor inmóvil que es acto puro y que mueve por ser objeto de amor. Este motor inmóvil es la verdadera primera causa.

Con todo, no podemos determinar la naturaleza de una entidad sensible a partir de sus primeros principios. Forma y materia son una, en un sentido, y por eso es posible la metafísica, pero son separadas, en otro sentido, porque el compuesto no es eterno. Es por esto que también son posibles las ciencias particulares. El conocimiento metafísico de los principios de todas las cosas no es un conocimiento relevante para las ciencias particulares. De esta manera, la metafísica mantiene un rol independiente, a la vez que jerarquiza las ciencias particulares, que, a diferencia de lo que sostenía Platón, ya no están bajo su égida.

Finalmente, en el último capítulo, el autor menciona los diversos destinos que siguió este cuerpo de doctrinas. Desde el *noús* y lo uno neoplatónicos y su propuesta superadora de la crítica aristotélica a Platón, pasando brevemente por Agustín, quien, de alguna manera, toma la crítica de las formas separadas, y deteniéndose en la filosofía medieval tardía, en particular, Averroes, Avicena y Tomás de Aquino. En líneas generales, la filosofía medieval toma de Aristóteles la cuestión de la existencia. Pero mientras que, para este último, ser es ser algo, para los primeros, ser es existir. Más aún, mientras que la existencia de una instancia individual es, para Aristóteles, accidental y, por lo tanto, no puede ser conocida científicamente, para la filosofía medieval, todo lo que deriva del primer motor, Dios, debe poder ser conocido. Así, Avicena convierte la existencia en un agregado de la esencia, Averroes hace de la existencia un efecto de la forma, y Tomás de Aquino sostiene que la existencia es una ulterior actualización de la forma.

Pero no solo la filosofía medieval se hizo eco de las doctrinas aristotélicas. Toda la filosofía moderna se esmeró en refutar la doctrina de la sustancia. Así termina Halper esta breve pero clara introducción a la lectura de un libro tan fundamental como complejo. La precisión de la exposición sumada a la actualidad del tratamiento de los temas centrales hacen de este libro una herramienta fundamental para cualquiera que se anime a emprender la formidable tarea de leer la *Metafísica*.